



Disfrute de los 15 cuentos participantes del Premio Comunidad y vote por sus favoritos en: <https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>
La votación está abierta desde el 12 hasta el 30 de octubre del 2026.

Distinción: El personaje más creativo

Cupcake y la fábrica de peluches. Paloma Barquero Molina	2
El lápiz y el borrador. Paola Guevara	5
La gallina en la época de los dinosaurios. Elena Salazar Cubillo.	8
La última luciérnaga azul. Nashly Nahomy López Aburto	11
Un viaje al futuro. Itzé Clark Quirós	14

Distinción: El cuento más original

Escapando de la fábrica de quesos. Santiago Gómez Monge	17
El guardián de los susurros. Luz Valentina Rodríguez Esquivel	20
La cabaña misteriosa. Fabiana Luciana Fonseca Mora	22
El guardián del viento de Nicoya. María Victoria Jiménez Gómez	25
La travesía de Douglas y Rosa en la selva. Amber Celeste Fallas Aguilar...	28

Distinción: Historia con mejor mensaje

El amigo dragón de Zack. Héctor Quirós Mateo	31
El ladrón de los colores. Isaac Samuel Valverde Papilli	34
El milagro de mis ojos. Alana Sánchez Montero	36
El último niño que podía encender estrellas. Mateo Josué Cerdas Lacayo Gómez	39
Un héroe sin superpoderes. Leonora Jiménez Monge	42

Distinción: El personaje más creativo

Cupcake y la fábrica de peluches

Autora: Paloma Barquero Molina

Escuela: Saint Anthony School, San José Norte

Año escolar: 5to año

En un lugar escondido entre enormes edificios y calles llenas de luces existía una fábrica muy especial. No era una fábrica común, pues allí no se fabricaban juguetes normales; se creaban peluches mágicos que algún día llegarían a acompañar a niños de todo el mundo. Dentro de la fábrica había máquinas enormes que trabajaban día y noche creando ositos, conejos, gatos y muchos otros animales de peluche.

Una mañana, mientras las máquinas funcionaban sin parar, nació un pequeño osito llamado Cupcake. Era suave, tenía un hermoso color y una sonrisa que parecía iluminar todo a su alrededor. Los trabajadores de la fábrica estaban emocionados porque pensaban que sería un peluche perfecto. Pero justo cuando Cupcake estaba a punto de ser enviado a la revisión final, ocurrió algo inesperado.

—¡Achú! —estornudó Cupcake.

De repente, una pequeña nube de algodón salió de su cuerpo y apareció un agujero en su pecho.

Cupcake miró sorprendido lo que había ocurrido.

—¿Qué me pasa? —preguntó con miedo.

Intentó cubrir el agujero rápidamente, pero la máquina de revisión detectó el problema. "Peluche defectuoso. No cumple con los estándares", decía la pantalla.

Antes de que pudiera explicar lo ocurrido, una máquina lo tomó y lo lanzó al depósito de peluches rechazados. Cupcake cayó entre cajas viejas y juguetes olvidados. Por primera vez sintió algo que nunca había sentido: tristeza.

—Tal vez tienen razón... tal vez no sirvo para nada —susurró.

Sin embargo, decidió no rendirse. Salió del depósito y comenzó a caminar por las calles buscando a alguien que pudiera ayudarlo. Después de mucho caminar llegó a una pequeña zapatería. El dueño del lugar lo vio entrar sorprendido.

—Hola, pequeño. ¿Necesitas ayuda?

Cupcake bajó la mirada.

—Sí... mi pecho está roto y necesito arreglarlo.

El hombre quiso ayudarlo, así que buscó una solución rápida.

—Creo que esto funcionará.

Le colocó un pequeño zapato como reemplazo. Cupcake observó su nuevo pecho y negó con la cabeza.

—Gracias por ayudarme, pero ese no soy yo.

Se quitó el zapato y continuó su camino. Mientras cruzaba una calle, uno de sus hilos quedó atrapado en la rueda de una motocicleta. La moto avanzó y Cupcake salió volando por los aires.

—¡Ayuda!

Después de unos minutos logró soltarse y cayó sobre una caja llena de hilos de colores. Al levantar la mirada vio a una mujer que salía de una heladería cargando varios materiales de costura. Cupcake se acercó rápidamente.

La mujer lo observó con curiosidad:

—Pequeño osito, ¿qué te ocurrió?

—Estoy roto y nadie puede arreglarme.

La mujer sonrió.

—Quizás no necesitas que te arreglen. Tal vez solo necesitas que alguien te ayude a recordar lo especial que eres.

Cupcake no entendió sus palabras, pero decidió acompañarla. Al llegar a su casa, la mujer limpió cuidadosamente al pequeño osito y observó su agujero.

—¿Qué color quieres para tu nuevo hilo? —preguntó.

Cupcake miró todos los colores disponibles. Había azul, rojo, verde, amarillo y muchos más. Finalmente eligió uno brillante.

—Quiero este. Quiero que todos sepan que soy diferente.

La mujer comenzó a coserlo con cuidado. Cuando terminó, Cupcake miró su pecho. Ahora tenía una hermosa costura de colores que parecía una pequeña estrella. Por primera vez no sintió vergüenza. Sintió orgullo.

—Pensé que estaba roto —dijo Cupcake.

La mujer sonrió.

—A veces las cosas que parecen defectos son las que nos hacen únicos.

Desde aquel día Cupcake vivió con ella y juntos cuidaron muchos otros juguetes que necesitaban ayuda. Tiempo después, la fábrica de peluches descubrió la historia del pequeño osito. Los trabajadores comprendieron que habían cometido un error. Cupcake no era un peluche defectuoso. Era un peluche diferente. Y precisamente eso era lo que lo hacía especial.

Desde entonces, todos los peluches de la fábrica recordaron una importante lección: no hay que ser perfecto para tener valor. A veces nuestras diferencias son las que crean nuestra historia más increíble.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqeVVWNscPXS8iw6>





Distinción: El personaje más creativo

El lápiz y el borrador

Autora: Paola Guevara

Escuela: El Progreso, Puntarenas

Año escolar: 4to año

Había una vez, en un estuche de tela de color azul oscuro que tenía dibujitos de aviones y nubes, unos útiles escolares que todos los días iban a la escuela con su dueño, un niño llamado Luis, que cursaba el tercer grado de primaria.

Uno de ellos era un lápiz de madera amarilla, muy derecho, con la punta siempre afilada y brillante. El otro era un borrador blanco, suave, de forma cuadrada y con los bordes un poquito redondeados por el uso.

Al principio, el lápiz creía que era mucho más importante que el borrador y ni siquiera le prestaba mucha atención. Pero con el tiempo sucedieron cosas que cambiaron todo para siempre.

El lápiz se llamaba Lucas. Desde que lo compraron en la papelería, se sentía orgulloso de sí mismo y decía que sin él no habría nada que hacer en la escuela



—Yo soy el que escribe las palabras, el que hace las letras, el que dibuja los paisajes, el que resuelve las sumas y las restas, y el que deja todo escrito en los cuadernos —decía con voz fuerte y segura—. Sin mí, todas las hojas estarían vacías. No habría tareas que entregar ni nada que mostrarle a la maestra. Yo soy el que crea, el que trabaja duro, el que hace que todo tenga sentido. ¿Y tú, borrador? ¿Qué haces tú? Solo estás ahí, quieto, sin hacer nada hermoso, y cada vez que te usan te vas gastando y haciéndote más pequeño, hasta que un día desapareces por completo. Ese no es un trabajo que valga la pena.

El borrador se llamaba Bori. Era muy tranquilo, nunca se enojaba por nada y tenía un corazón muy bueno. Escuchaba todo lo que decía Lucas con paciencia y solo le respondía con voz suave y dulce:

—Amigo Lucas, yo sé que tú haces un trabajo maravilloso, nadie lo niega. Tú eres quien pone las ideas en el papel, quien construye todo con tus trazos finos y claros. Pero yo también tengo mi misión, aunque a ti no te parezca importante ahora. Todos tenemos un propósito y algo valioso que aportar.

Lucas no le prestó mucha atención y siguió pensando que era el más importante de todos los útiles escolares.

Sin embargo, un día, mientras Luis hacía una tarea muy difícil, cometió un error al escribir una palabra. Lucas se sintió muy mal porque había dejado una equivocación en el cuaderno. Entonces Bori se acercó y, con mucho cuidado, borró el error. Después, Luis escribió la palabra correctamente.

—¿Viste? —dijo Bori con una sonrisa—. Todos cometemos errores alguna vez. Mi trabajo es ayudar a corregirlos para que podamos seguir adelante.

Lucas se quedó pensando. Con el paso de los días, observó cómo Bori ayudaba a corregir palabras, números y dibujos. Gracias a él, Luis podía aprender de sus equivocaciones y mejorar cada vez más. Finalmente, Lucas comprendió algo muy importante.

—Perdóname, Bori —dijo con sinceridad—. Ahora entiendo que tu trabajo es tan valioso como el mío. Yo escribo y dibujo, pero tú ayudas a corregir los errores. Sin ti, muchas cosas quedarían mal hechas.

Bori sonrió y respondió:

—No tienes que disculparte, amigo. Lo importante es que ahora comprendes que todos somos necesarios.

Desde ese día, Lucas y Bori trabajaron juntos y se hicieron grandes amigos. Aprendieron que nadie es más importante que los demás y que cada uno tiene una función especial. Y así, entre cuadernos, tareas y dibujos, demostraron que el trabajo en equipo siempre logra mejores resultados.

Desde aquel día, Lucas dejó de sentirse superior y comenzó a valorar el trabajo de Bori. Cada vez que Luis escribía una tarea, ambos trabajaban juntos para que quedara lo mejor posible. Lucas escribía con cuidado y Bori estaba listo para ayudar cuando aparecía algún error.

Con el paso del tiempo, los demás útiles escolares también aprendieron una gran lección: cada uno tenía una función importante dentro del estuche. Así, vivieron felices colaborando unos con otros y comprendieron que el respeto, la humildad y el trabajo en equipo son las claves para alcanzar cualquier meta.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: El personaje más creativo**La gallina en la época de los dinosaurios****Autora: Elena Salazar Cubillo****Escuela: Saint Spirit School, Puriscal****Año escolar: 6to año**

Había una vez una gallina muy valiente llamada Clara. A diferencia de las demás gallinas, a ella no le gustaba pasar el día buscando semillas o descansando en el corral. Su sueño era ser soldado y vivir grandes aventuras.

Después de muchos años de entrenamiento, Clara se convirtió en una de las mejores soldados de su escuadrón. Era muy inteligente, rápida para tomar decisiones y nunca abandonaba una misión. Sus superiores siempre decían que, aunque era pequeña, tenía el corazón de una verdadera heroína.

Un día, el comandante reunió a todos los soldados y les dio una misión muy importante.

—Hemos recibido información de que, en medio del desierto, existe una antigua base militar donde se realizan experimentos secretos. Necesitamos que alguien vaya a investigar.

Todos guardaron silencio. Entonces Clara dio un paso al frente.

—¡Yo iré!

El comandante sonrió.

—Sabía que podía contar contigo. Ten mucho cuidado.

Clara preparó su mochila y muy temprano emprendió el viaje. Caminó durante horas bajo un sol muy fuerte, hasta que vio a lo lejos un enorme edificio cubierto por la arena.

—Debe ser la base militar.

Se acercó lentamente y observó que las puertas estaban abiertas. Al principio creyó que el lugar estaba abandonado, pero, al mirar por una ventana, descubrió varios soldados armados vigilando el interior. También vio científicos trabajando alrededor de una enorme máquina llena de luces, pantallas y cables.

—La máquina del tiempo está lista. Hoy realizaremos la prueba final.

Al escuchar esas palabras, Clara abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Una máquina del tiempo? ¡Tengo que averiguar más!

Esperó hasta que todos salieran a descansar y entró cuidadosamente al laboratorio.

Observó la máquina con mucha atención. Había cientos de botones de diferentes colores y una gran pantalla con fechas de distintas épocas de la historia. Cuando intentó leer las instrucciones, apoyó una de sus alas sobre un botón rojo. De inmediato comenzaron a sonar las alarmas.

—¡Alguien activó la máquina! —gritó un científico.

Antes de que Clara pudiera escapar, una intensa luz azul la envolvió por completo. Todo comenzó a dar vueltas. Cuando volvió a abrir los ojos, el laboratorio había desaparecido. Ahora estaba en un lugar completamente diferente.

Había viajado millones de años al pasado, a la época de los dinosaurios. Clara sintió mucho miedo. De repente escuchó un rugido tan fuerte que hizo temblar el suelo. Un enorme dinosaurio apareció entre los árboles. La gallina salió corriendo tan rápido como pudo y logró esconderse dentro de una cueva.

Durante varios días aprendió a sobrevivir. Con el paso del tiempo descubrió que no todos los dinosaurios eran agresivos. Un pequeño dinosaurio herbívoro comenzó a acompañarla todos los días. Clara lo llamó Pico.

Juntos exploraban el bosque, cruzaban ríos y escapaban de los grandes depredadores. Sin embargo, Clara sabía que no podía quedarse allí para siempre.

Un día encontró, semienterrada entre unas rocas, la máquina del tiempo que también había viajado con ella. Estaba muy dañada. Como era una soldado muy inteligente, comenzó a repararla. Finalmente logró encender la máquina. Antes de irse se despidió de Pico.

Clara activó la máquina. Una gran luz apareció nuevamente. En pocos segundos regresó al laboratorio del desierto. Pero esta vez los soldados ya la estaban esperando.

—¡Ahí está! ¡Deténganla!

Los soldados corrieron hacia ella, la capturaron y la llevaron a una prisión militar. Aunque estaba encerrada, Clara no perdió la esperanza. Después de varios días encontró una pequeña cuchara de metal debajo de la cama. Entonces tuvo una gran idea. Comenzó a cavar un túnel. Cada noche avanzaba un poco más.

Una madrugada, cuando todo estaba en silencio, Clara escapó por el túnel, pero uno de los soldados alcanzó a verla.

—¡La prisionera escapó! ¡Síganla!

En cuestión de segundos sonaron las sirenas. Varios vehículos militares comenzaron a perseguirla. Clara corrió por el desierto, cruzó dunas de arena y logró esconderse entre unas enormes piedras.

Los soldados la buscaron durante horas, pero no lograron encontrarla. Desde aquel día, nadie volvió a capturar a la valiente gallina soldado.

Algunos dicen que siguió viajando por el mundo en busca de nuevas aventuras y de otros misterios por descubrir. Y aunque nadie sabe dónde está ahora, todos recuerdan la historia de la gallina que sobrevivió a los dinosaurios, escapó de una prisión militar y jamás dejó de luchar por su libertad.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: El personaje más creativo

La última luciérnaga azul

Autora: Nashly Nahomy López Aburto

Escuela: Finca La Caja, San José Oeste

Año escolar: 4to año

Hace muchísimos años, existía un bosque maravilloso llamado Lumeria. Era un lugar mágico que muy pocas personas lograban encontrar. Durante el día, el bosque estaba lleno de vida y color. Pero la verdadera magia de Lumeria aparecía cuando caía la noche.

Cuando el sol se escondía detrás de las montañas, miles de luciérnagas despertaban al mismo tiempo, iluminando los senderos oscuros. Con su luz, marcaban el camino a los animales nocturnos y hacían que todo el bosque pareciera un sueño. Las personas del pueblo cercano decían que aquellas luciérnagas no eran solo insectos comunes: eran guardianas que protegían el equilibrio del bosque desde hacía siglos.

Sin embargo, entre todas ellas existía una que era completamente diferente. Una luciérnaga de color azul intenso. Según las historias antiguas que contaban los ancianos, aquella pequeña criatura había nacido el día en que cayó una estrella fugaz sobre el corazón del bosque.

Desde entonces, su deber era cuidar que la vida nunca faltara en Lumeria y que la magia nunca se apagara. Muchas personas intentaron encontrarla y atraparla. Pero nadie lo logró nunca, porque la luciérnaga azul solo aparecía ante quienes tenían un corazón sincero, limpio y respetuoso con todo lo que les rodeaba.

En el pequeño pueblo de Arven, a los pies de las montañas, vivía una niña llamada Naila. Tenía trece años y siempre buscaba algo nuevo que descubrir. Mientras otros niños jugaban en las calles, ella prefería caminar despacio cerca del bosque. Sentía que Lumeria tenía algo que contarle, como si fuera un amigo silencioso. Su abuelo era quien más historias le contaba sobre ese lugar mágico.

—El bosque está vivo, Naila —le decía siempre con voz suave—. Respira, siente y agradece. Y mientras la luciérnaga azul siga brillando en lo más profundo de él, siempre habrá esperanza para todos nosotros.

Pero con el paso de los años, todo comenzó a cambiar. Las personas querían más espacio para construir, más madera para hacer casas y más agua para trabajar. Sin darse cuenta de las consecuencias, empezaron a cortar árboles. Los ríos comenzaron a llenarse de basura y sustancias que no debían estar en el agua. El aire se volvió más pesado y algunos animales tuvieron que irse lejos o desaparecieron para siempre.



Lumeria fue perdiendo su brillo y su alegría. Las luciérnagas comenzaron a irse poco a poco, hasta que una noche, el bosque quedó casi completamente oscuro. Los habitantes del pueblo dejaron de hablar de magia y de leyendas. Algunos decían que todo era solo cuentos para niños, y otros pensaban que la luciérnaga azul nunca había existido realmente.

Pero Naila no quería creerlo. Ella sentía en su corazón que la magia seguía allí, aunque estuviera muy débil. Una noche de invierno, la niña se despertó de repente. Desde su ventana, observó algo extraño y hermoso: una pequeña luz azul, muy tenue pero constante, que se movía entre los árboles.

Naila se dirigió hacia el bosque con mucho cuidado. La luz azul no se alejaba; se mantenía siempre a una corta distancia, guiándola hasta lo más profundo del bosque. En ese momento, la niña pareció ver una visión clara y hermosa: vio el bosque tal como había sido antaño, lleno de árboles frondosos, ríos cristalinos, animales corriendo libres y miles de luces doradas que iluminaban cada rincón. Pero la imagen duró solo unos segundos y se desvaneció rápidamente, dejando solo la pequeña luz azul parpadeando con debilidad.

Naila entendió entonces lo que estaba pasando: la magia se estaba apagando porque el bosque estaba sufriendo.

Al día siguiente, reunió a todos los vecinos y les contó lo que había visto. Al principio algunos dudaron, pero, poco a poco, todos decidieron apoyarla. Juntos, comenzaron a trabajar: dejaron de cortar árboles innecesariamente, limpiaron los ríos, retiraron la basura y plantaron nuevos árboles y flores en los espacios vacíos.

Con el tiempo, el bosque comenzó a respirar de nuevo: los árboles crecieron más fuertes, el agua volvió a ser clara, regresaron los animales y, poco a poco, las primeras luciérnagas doradas volvieron a aparecer.

Una noche, apareció nuevamente la luz azul. Esta vez no estaba débil, sino que brillaba con toda su fuerza. Voló alrededor de Naila como dándole las gracias, y luego se mezcló con las demás luces para proteger el bosque una vez más. Naila aprendió así que incluso el más mínimo esfuerzo, cuando se hace con amor y voluntad, puede cambiar el destino de algo o alguien.

Desde entonces, en el pueblo de Arven nadie volvió a olvidar la lección. Todos sabían que mientras respetaran y cuidaran la naturaleza, la magia de Lumeria y la luz de la última luciérnaga azul brillarían para siempre.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqeVVWNscPXS8iw6>



Distinción: El personaje más creativo

Un viaje al futuro

Autora: Itzé Clark Quirós

Escuela: Once de Abril, Grande de Térraba

Año escolar: 6to año

Hace mucho tiempo había una niña egipcia, hija del faraón, llamada Lia, con el cabello corto, lacio y oscuro. Además, siempre llevaba muchos accesorios de oro. Era de aspecto delgado, con los ojos marrones y la piel morena. No podía faltar mencionar su voz, con mucho carácter, pero a la vez dulce como un chocolate. Vivía en el castillo con su padre, un hombre fuerte y arrogante; su madre, muy parecida a Lia, solo que más elegante; sus dos hermanas, una mayor y una menor; y su mejor amigo, un gato de pelaje negro y ojos verdes dominantes, cuyo nombre era Eliot.

Lia era una persona a la que le ganaba la curiosidad y siempre quería estar haciendo alguna actividad, solo que, como era hija del faraón, no podía hacer las cosas que los otros niños hacían. Tenía que llevar una rutina muy estricta: despertar temprano, arreglarse, comer y recibir clases privadas de etiqueta.

Pero un día le entró la duda de cómo sería el futuro de muchos, muchos años después. Al día siguiente, en su tiempo libre, buscó entre libros de magia cómo teletransportarse o si hubiera un portal mágico. Entonces encontró un libro que hablaba de un ataúd mágico que concedería un deseo al que entrara y lo cerrara, pero se ubicaba en el punto más alto de las primeras pirámides que se habían construido.

No lo pensó dos veces y fue hacia allá. Al subir cien escalones, llegó a un ataúd dorado con perlas y diamantes hermosos. Sin duda, era ese. Entró y deseó ir al futuro de muchos, muchos años. Al cerrar los ojos, empezó a escuchar personas hablar y abrió el ataúd muy poquito. Vio mucha gente con ropa muy particular para ella, hablando del ataúd. Sabía que estaba en el futuro. Esperó que las personas raras se fueran para salir.

Se armó de valor y salió del museo en el que estaba y empezó a caminar. Lo que no encajaba era que las personas la veían raro. Escuchó un maullido y lo reconoció al instante: era Eliot. No sabía cómo llegó allí, pero llegó.

Vio a una niña con el mejor atuendo que había visto en su vida y le preguntó dónde lo consiguió. La niña, muy amable, le contestó que en una tienda cerca de allí. Corrió hacia el primer lugar que vio con ropa parecida, agarró un atuendo muy moderno y, al llevarlo a la caja registradora para pagar, se dio cuenta de que no llevaba dinero, ya que en Egipto no se usaba. Lo primero que se le ocurrió fue pagar con un arete de ella. El cajero, al ver el oro, no dudó ni un segundo y aceptó su pago.

Lia se cambió y empezó a caminar de nuevo hacia el parque de la ciudad. Al llegar, vio a una niña con ropa extraña, como de la época romana, y su cara reflejaba preocupación. Lia se le acercó y le preguntó cuál era su nombre, y la niña le respondió: —Mi nombre es Marta.

Era una niña como de doce años. Estuvieron hablando horas, hasta que Marta le dijo: —Te confieso algo: yo soy del pasado, de hace como mil años, solo que recibí un llamado de un familiar de este año cerca de aquí y he tenido problemas en casa. Entonces pienso quedarme aquí.

Lia se sorprendió y le contó su historia. Marta le dijo a Lia que se quedara con ella en ese lugar. Lia no sabía si aceptar, pero lo estaría pensando. Fueron a la casa del familiar de Marta y las recibió cálidamente. Al día siguiente fueron a la escuela y exploraron la ciudad. Lamentablemente, esto hizo que Lia lo pensara aún más. Al recordar el pasado aburrido que tenía, no quería volver, pero ¿qué pasaría con su familia?



Esta fue la decisión más difícil que ella había tenido que tomar. Al ver lo bien que lo había pasado con Marta, pensó en quedarse. Cenando con Marta y su familiar, tomó la decisión de quedarse, ya que en su casa nunca pasaría eso, pero tenía que volver a casa una vez más para darle a su familia la noticia y despedirse.

Regresó y, al ver a su familia tan preocupada, sintió nostalgia y lástima.

Pensó: —Si me voy, no los volveré a ver nunca más.

Y sí, ese viaje fue la mejor experiencia de su vida, pero sabía que debía estar en casa con su familia verdadera. No quería dejar a su amiga esperándola, entonces mandó a Eliot con una carta pegada al collar, diciéndole a su amiga que fue lo mejor que le había pasado en la vida, pero no podía dejar a su familia ni su hogar y que esperaba que ella disfrutara mucho el futuro.

Puede que no tenga la familia perfecta, pero son los mejores a su manera y no los cambiaría por nadie. En conclusión, los momentos buenos son los más felices y emocionantes, pero nada iguala a la familia ni a la sensación del hogar.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: El cuento más original

Escapando de la fábrica de quesos

Autor: Santiago Gómez Monge

Escuela: Saint Spirit School, Puriscal

Año escolar: 6to año

Había una vez un niño llamado Juancito, a quien le encantaba conocer lugares nuevos. Un día, sus padres le dieron una gran sorpresa.

—¡Hoy iremos a visitar la fábrica de quesos más grande del país! —dijo su papá.

Juancito se emocionó muchísimo. Nunca había visto cómo se hacía el queso y estaba ansioso por aprender. Después de un largo viaje en automóvil, por fin llegaron. Lo primero que vieron fue una enorme fábrica con paredes blancas, chimeneas muy altas y un gran letrero que decía: "Fábrica de Quesos La Montaña". Al entrar, un guía muy amable los recibió.

—¡Bienvenidos! Hoy conocerán todo el proceso para fabricar queso.

El recorrido comenzó por la sala donde llegaba la leche recién ordeñada. Luego pasaron por las enormes máquinas que mezclaban los ingredientes y, finalmente, llegaron al lugar donde los quesos eran moldeados y empacados. Juancito observaba todo con mucha atención.

—¡Qué interesante! Nunca imaginé que hacer queso fuera tan complicado.

Mientras sus padres conversaban con el guía, Juancito vio un pequeño pasillo que tenía un letrero de "Solo personal autorizado". La curiosidad pudo más que él. Pensó que solo echaría un vistazo y volvería enseguida. Sin darse cuenta, caminó cada vez más lejos. Cuando quiso regresar, ya no recordaba por dónde había entrado. Intentó abrir una puerta, pero estaba cerrada. Después otra. Y otra más.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó.

Nadie respondió. Al mismo tiempo, sus padres se dieron cuenta de que Juancito había desaparecido.

—¡Nuestro hijo no está! —dijo su mamá muy preocupada.

Los trabajadores comenzaron a buscarlo por toda la fábrica. Mientras tanto, Juancito siguió caminando hasta llegar a una enorme bodega llena de ruedas gigantes de queso. En ese momento escuchó un extraño ruido. Una de las máquinas comenzó a funcionar sola y varias cajas empezaron a moverse por una cinta transportadora.

Juancito intentó pasar, pero la cinta lo llevó hacia otra sala completamente desconocida.

—¡Tengo que salir de aquí! —pensó.

Recordó los consejos que siempre le daban sus padres: "Cuando estés perdido, mantén la calma y busca ayuda".

Entonces, comenzó a observar cuidadosamente todo a su alrededor. Encontró un plano de la fábrica colgado en una pared. Después de estudiarlo durante unos minutos, descubrió una salida de emergencia. Sin embargo, para llegar hasta ella debía atravesar varias salas llenas de cajas, bandas transportadoras y máquinas en funcionamiento.

Con mucho cuidado fue avanzando. En una parte tuvo que cruzar un puente metálico. En otra esquivó unas enormes ruedas de queso que bajaban por una rampa. Finalmente llegó a la puerta de emergencia. Cuando la abrió, salió al patio principal de la fábrica. Justo en ese momento vio a sus padres, que lo estaban buscando junto con varios trabajadores. Su mamá corrió a abrazarlo.

—¡Qué susto nos diste!

—Perdón. Solo quería explorar un poquito más.

El guía también sonrió.

—Lo importante es que estás bien.

Después del susto, terminaron el recorrido todos juntos. Aprendieron cómo se preparaban diferentes tipos de queso e incluso pudieron probar algunos. Antes de irse, la fábrica les regaló una canasta con varios quesos artesanales para llevar a casa. Mientras regresaban en el automóvil, Juancito dijo:

—Hoy aprendí que la curiosidad es buena, pero siempre debo permanecer cerca de los adultos y seguir las indicaciones.

Sus padres sonrieron orgullosos.

—Esa es una gran lección.

Y así, después de una aventura llena de emociones, Juancito regresó a casa muy feliz, con una nueva experiencia y una historia que nunca olvidaría.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



FÁBRICA DE QUESOS
La Montaña

Distinción: El cuento más original

El guardián de los susurros

Autora: Luz Valentina Rodríguez Esquivel

Escuela: Pocora, Guápiles

Año escolar: 6to año

En el pequeño pueblo de Altoclaro, donde las nubes parecían besar los tejados y el viento recorría las calles empedradas con suavidad, vivía Julián, un anciano muy peculiar.

A diferencia de los demás habitantes, él no pasaba sus días conversando con las personas, sino con los objetos olvidados.

Su antiguo taller estaba repleto de relojes sin cuerda, muñecas sin ojos, libros sin portada y toda clase de tesoros abandonados por el tiempo. Los vecinos decían que Julián estaba loco, pues con frecuencia lo veían susurrarle a un paraguas roto o escuchar atentamente a un viejo reloj detenido. Sin embargo, el anciano simplemente sonreía y continuaba con su misteriosa labor.

Una tarde de otoño, mientras la lluvia caía suavemente sobre el pueblo, una niña llamada Sofía entró al taller buscando refugio. Al cruzar la puerta, observó a Julián hablándole a un espejo empañado.

—¿Por qué hablas con cosas que ya no sirven? —preguntó con curiosidad.

Julián levantó la vista y respondió con una sonrisa amable.

—Porque los objetos también guardan historias. Cada uno conserva los recuerdos de quienes los amaron, usaron o perdieron. Solo hay que aprender a escucharlos.

Sofía observó el taller con más atención. De pronto, le pareció que el suave tic-tac de un reloj antiguo se mezclaba con risas lejanas, y que las páginas amarillentas de un libro susurraban aventuras olvidadas. Esa noche, Julián le mostró un pequeño colgante de plata que había pertenecido a la abuela de la niña.

—Tómalo —dijo el anciano—. Escucha con el corazón.

Cuando Sofía sostuvo el colgante entre sus manos, una cálida sensación la envolvió. Recordó momentos felices junto a su abuela: sus abrazos, sus consejos y las historias que le contaba antes de dormir. Comprendió entonces que algunos recuerdos nunca desaparecen realmente.

Desde aquel día, la niña visitó con frecuencia el taller. Aprendió que los objetos no valen por su apariencia, sino por las historias que guardan. También descubrió que escuchar con atención puede revelar tesoros invisibles para la mayoría de las personas.

Con el paso de los años, Sofía se convirtió en la nueva Guardiana de los Susurros. Continuó preservando recuerdos y enseñando a otros que la verdadera magia no se encuentra en los objetos, sino en los sentimientos y memorias que viven dentro de ellos. Y así, en el pequeño pueblo de Altoclaro, los susurros del pasado siguieron contando historias a quienes estuvieran dispuestos a escucharlas.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdgevWNscPXS8iw6>



Distinción: El cuento más original

La cabaña misteriosa

Autora: Fabiana Luciana Fonseca Mora

Escuela: Virgilio Caamaño Arauz, Nicoya

Año escolar: 6to año

Había una vez una pequeña cabaña abandonada ubicada en lo más profundo de un bosque antiguo y misterioso. Desde hacía muchos años, los habitantes del pueblo cercano hablaban sobre aquel lugar y contaban historias que pasaban de generación en generación.

Según la leyenda, dentro de la cabaña habitaban animales extraños y criaturas desconocidas que aparecían durante las noches de luna llena. Por esa razón, todos tenían miedo de acercarse y preferían mantenerse lejos del bosque.

Con el paso de los años, la cabaña quedó abandonada. Sus paredes comenzaron a llenarse de musgo, las ventanas se cubrieron de polvo y las enredaderas crecieron alrededor de ella como si la naturaleza quisiera esconderla del resto del mundo.

Un día, una niña llamada Mia escuchó a varias personas del pueblo hablar sobre la cabaña misteriosa. Mientras escuchaba la historia, sintió mucha curiosidad y comenzó a imaginar qué podría existir realmente dentro de aquel lugar.

Después de pensarlo durante varios días, decidió ir al bosque para descubrir si la leyenda era verdadera o si solamente era una historia inventada por las personas del pueblo.

Luego de caminar durante un largo rato, Mia encontró un camino antiguo que estaba cubierto de plantas. Al final del camino apareció la cabaña. Era más vieja de lo que imaginaba. La puerta estaba desgastada, las paredes tenían grietas y grandes enredaderas cubrían casi todo el lugar. Sin embargo, algo en ella llamó la atención de Mia, como si la cabaña estuviera esperando que alguien descubriera su secreto.

Con mucho cuidado, acercó su mano a la puerta y la abrió lentamente. La puerta produjo un sonido fuerte que hizo que Mia se asustara un poco. Al entrar, encontró un lugar oscuro y silencioso.

Mientras caminaba por la cabaña, descubrió que en las paredes había dibujos extraños de animales del bosque y símbolos que parecían tener un significado especial. Mia comenzó a pensar que aquella cabaña escondía una historia mucho más grande de lo que las personas imaginaban.

De repente, escuchó un pequeño ruido que venía desde el fondo de la casa. Al llegar a una habitación escondida encontró una escena que jamás esperaba ver. Había varios animales del bosque que estaban viviendo dentro de la cabaña. Eran animales que habían resultado heridos o que necesitaban un lugar seguro donde protegerse.

Había conejos pequeños, aves con sus alas lastimadas y un pequeño venado que se había perdido en el bosque. También encontró unas criaturas muy especiales que parecían sacadas de un cuento fantástico: pequeños seres luminosos que cuidaban a los animales y ayudaban a mantener la magia del bosque.

Mia quedó sorprendida al descubrir que la verdadera historia de la cabaña era completamente diferente a lo que todos pensaban. Uno de los pequeños seres mágicos se acercó a Mia y le explicó que durante muchos años habían intentado proteger la naturaleza, pero las personas habían interpretado mal lo que ocurría en la cabaña. Las luces, los sonidos y las sombras que veían por las noches no eran señales de peligro, sino parte de la magia que cuidaba aquel lugar.

Mia comprendió que muchas veces las personas sienten miedo de lo que no conocen. Se dio cuenta de que la curiosidad y la valentía pueden ayudar a descubrir la verdad. Entonces decidió ayudar a los animales y proteger la cabaña para que siguiera siendo un refugio especial.

Desde ese día, Mia visitó la cabaña constantemente. Les llevaba comida a los animales, cuidaba las plantas del bosque y ayudaba a mantener limpio aquel lugar mágico. Poco a poco, los animales recuperaron su salud y volvieron a vivir felices en la naturaleza.

Después de un tiempo, Mia decidió contarle la verdad al pueblo. Al principio nadie le creyó, pero cuando fueron al bosque y observaron con sus propios ojos lo que ocurría, comprendieron que habían estado equivocados durante muchos años.

Las personas dejaron de tener miedo y comenzaron a cuidar el bosque junto con Mia. La cabaña misteriosa dejó de ser un lugar abandonado y se convirtió en un refugio.

Desde entonces, cuando alguien visitaba el bosque, podía escuchar historias diferentes sobre la antigua cabaña. Ya no hablaban de miedo ni de peligros, sino de una niña valiente que descubrió un secreto mágico y enseñó a todos que no debemos juzgar algo sin conocer la verdadera historia.

Y así, la cabaña misteriosa que alguna vez fue un lugar lleno de temor se convirtió en un símbolo de bondad, valentía, amistad y protección hacia todos los seres vivos.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: El cuento más original

El guardián del viento de Nicoya

Autora: María Victoria Jiménez Gómez

Escuela: Virgilio Caamaño Arauz, Nicoya

Año escolar: 6to año

En Nicoya no solo sopla el viento... también guarda secretos que pocas personas conocen.

Dicen que hace miles de lunas, cuando los chorotegas caminaban por estas tierras, el viento recibió un regalo muy especial: un silbido mágico que vivía en la naturaleza. Ese silbido tenía un nombre muy antiguo: Guanacastillo.

Cuenta la leyenda que Guanacastillo no era un sonido cualquiera, sino una melodía especial que podía viajar entre los árboles, las montañas y los caminos de Nicoya. Cuando el viento soplaba con fuerza, algunas personas podían escuchar una pequeña canción que parecía venir desde muy lejos. Era como si la naturaleza quisiera contar una historia escondida.

Cada vez que alguien de Nicoya hacía algo bueno sin esperar nada a cambio, el viento recibía ese acto de bondad y lo guardaba en sus hojas. Ayudar a un vecino, cuidar a los animales, proteger la naturaleza o compartir con alguien que lo necesitaba eran acciones que llenaban de alegría al viento.

El árbol de Guanacaste, que era uno de los guardianes más antiguos de la tierra, recogía esos buenos actos y los guardaba entre sus grandes ramas. Por cada acción bondadosa, el árbol crecía más fuerte y sus hojas brillaban con una luz especial.





Pero existía una antigua promesa: si algún día las personas de Nicoya olvidaban ser solidarias y dejaban de ayudarse entre sí, el viento perdería su alegría y los colores del pueblo comenzarían a desaparecer.

Pasaron muchos años y una vez ocurrió algo extraño. Las personas comenzaron a pensar solo en ellas mismas, dejaron de ayudarse y poco a poco olvidaron la importancia de hacer el bien.

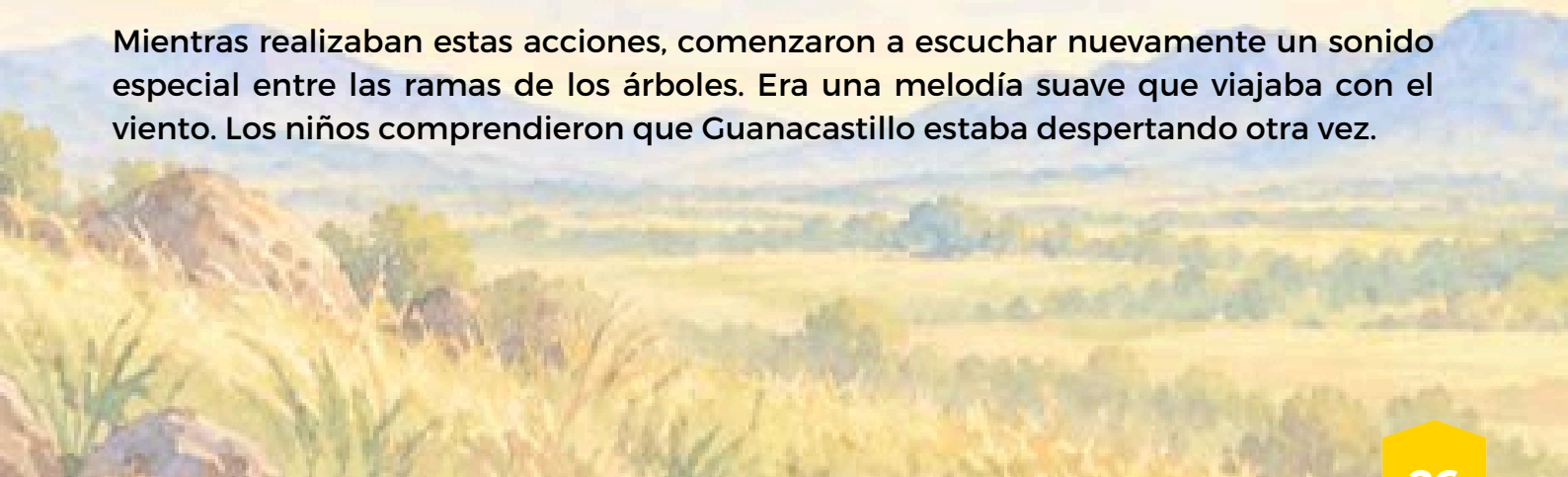
Entonces, el viento comenzó a cambiar. Ya no cantaba como antes, los atardeceres dejaron de tener los mismos colores brillantes y las mariposas ya no volaban con tanta alegría.

El cielo parecía más gris, los caminos estaban silenciosos y el parque de Nicoya perdió parte de su encanto. Los habitantes del pueblo comenzaron a preguntarse qué estaba ocurriendo, porque sentían que algo mágico había desaparecido.

La última vez que el viento había estado triste había sido hacía muchos años, cuando las personas también habían olvidado cuidar a los demás. Por eso, los abuelos del pueblo recordaron la antigua historia de Guanacastillo y decidieron contarla a los niños.

Los niños de Nicoya escucharon con mucha atención y decidieron recuperar la magia del viento. Salieron a las calles para realizar pequeños actos de bondad. Algunos ayudaron a personas mayores, otros limpiaron los parques, cuidaron los animales y sembraron nuevos árboles.

Mientras realizaban estas acciones, comenzaron a escuchar nuevamente un sonido especial entre las ramas de los árboles. Era una melodía suave que viajaba con el viento. Los niños comprendieron que Guanacastillo estaba despertando otra vez.



Un niño llamado Mateo, que amaba las historias antiguas de su pueblo, decidió acercarse al gran árbol de Guanacaste para descubrir qué estaba ocurriendo. Cuando llegó, una brisa suave comenzó a rodearlo y escuchó una voz que parecía venir del viento.

—Gracias por recordar que la verdadera magia está en las buenas acciones —decía la voz—. Mientras las personas de Nicoya sigan ayudándose, el viento siempre protegerá este lugar.

Mateo observó cómo las hojas del árbol comenzaron a moverse formando figuras en el aire. Por un momento pudo ver imágenes de todas las personas que habían hecho algo bueno por los demás. Comprendió que cada pequeño acto de bondad era una parte de la magia que mantenía vivo al pueblo.

Desde ese día, los habitantes de Nicoya volvieron a valorar la solidaridad, el respeto y el amor por la naturaleza. El viento volvió a cantar, los colores regresaron al atardecer y el parque volvió a llenarse de vida.

Y dicen que todavía hoy, cuando una persona realiza una buena acción sin esperar recompensa, el viento de Nicoya pasa entre los árboles y guarda ese momento como un nuevo recuerdo mágico.

Porque en Nicoya el viento no solo mueve las hojas... también guarda historias, sueños y la bondad de quienes hacen el bien.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: El cuento más original

La travesía de Douglas y Rosa en la selva

Autora: Amber Celeste Fallas Aguilar

Escuela: Las Juntas de Pacuar, Pérez Zeledón

Año escolar: 4to año

Había una vez una selva inmensa y misteriosa, cerca de la cual se asentaba una pequeña aldea de apenas sesenta habitantes.

Entre ellos vivía una familia muy inusual, conformada por los padres, María y Emanuel, y sus cuatro hijos. El grupo de hermanos guardaba una peculiaridad: las parejas de gemelos eran idénticas en apariencia, pero opuestas en alma.

Lila era una niña noble, cariñosa, valiente, inteligente y sumamente chistosa, siempre entusiasta por ayudar a sus padres. Rosa, en cambio, era su polo opuesto: rebelde, reservada, enojona, temerosa y antisocial; siempre se quejaba de las tareas y detestaba estudiar. Con los varones, Douglas y Esteban, ocurría exactamente lo mismo: compartían el mismo aspecto físico, pero Douglas era el rebelde indomable y Esteban el hijo ejemplar.

Un día cualquiera, los padres se prepararon para ir de cacería en busca de alimento.

—No vayan a salir por nada del mundo —les advirtió el padre.

—Pórtense bien, no hagan travesuras y no le abran la puerta a nadie —añadió la madre—.

En cuanto los padres se perdieron de vista en el horizonte, los niños comenzaron a jugar.

—Vayamos al bosque —propuso Douglas.

—¡No! Mamá y papá nos van a regañar —replicaron de inmediato Esteban y Lila.

—¡Aguafiestas, más que aguafiestas! —se burlaron Douglas y Rosa, mientras abrían la puerta y se internaban corriendo en la espesura.

Al adentrarse en las profundidades de la vegetación, un sonido helado los paralizó: el aullido imponente de un lobo. Se quedaron completamente inmóviles y presos del pánico, los dos hermanos corrieron sin rumbo intentando hallar el camino de regreso.

Desafortunadamente, la noche cayó de golpe y la espesa oscuridad del bosque borró cualquier rastro de sendero, por lo que tuvieron que ocultarse entre unos densos arbustos y pasar la noche allí.

De madrugada, un estruendoso rugido —similar al de un oso—despertó a Douglas. Con cautela, sacudió a su hermana para averiguar si el peligro había pasado y descubrir el origen de aquel ruido. Al asomarse entre las hojas, se llevaron una sorpresa mayúscula: el lobo y el oso eran amigos y conversaban animadamente.

En ese instante, a Rosa le dio una fuerte picazón en la nariz. Al moverse bruscamente para rascarse, sacudió el arbusto, provocando un crujido delator.

—¿Qué fue eso? Hay que ir a investigar —dijo el lobo.

Mientras los depredadores se disponían a registrar la maleza, Douglas y Rosa aprovecharon lo ancho y tupido del arbusto para escabullirse por la parte trasera. Sin embargo, al salir a un claro, el oso y el lobo los divisaron y emprendieron una feroz persecución.

A lo lejos, los hermanos vieron una misteriosa cabaña construida en la copa de un enorme árbol.

—¡Corramos en zigzag para confundirlos! —le gritó Douglas a su hermana.

Así, Rosa llegó a la base del gran árbol y escaló las primeras ramas. Mientras, el niño había logrado perder de vista momentáneamente al lobo y al oso, deseando con todas sus fuerzas un milagro para subir.



En un abrir y cerrar de ojos, Douglas trepó y se puso a salvo. Apenas unos segundos después, el lobo y el oso llegaron jadeando a la base del tronco y decidieron alejarse trotando, dejando finalmente solos y a salvo a los hermanos.

Aprovechando que los depredadores se habían marchado, Douglas y Rosa descendieron del árbol para buscar el camino de regreso. Caminaron durante largo rato hasta que se toparon con un frondoso árbol de naranjas. El hambre apretaba, así que hicieron su mejor esfuerzo por tumbar algunas frutas. Mientras las pelaban y saboreaban las jugosas naranjas, se detuvieron a contemplar el paisaje: frente a ellos se extendían hermosas praderas repletas de flores y mariposas que pintaban el entorno de mil colores. Douglas rompió el silencio:

—¿Sabes, Rosa? A pesar de los sustos y los peligros que hemos pasado, hay mucho que disfrutar aquí.

A partir de ese instante, la caminata se volvió tranquila. Tras andar unas tres horas más, divisaron a lo lejos el tejado de su hogar. Al llegar, sus padres y hermanos los recibieron con un enorme abrazo; aunque Douglas y Rosa sabían perfectamente que no se librarían de un buen castigo por haber desobedecido. Con el corazón arrepentido, ambos se disculparon con sus padres, prometiendo ser obedientes y no volver a escaparse jamás.

Una vez calmados los ánimos, los gemelos relataron con entusiasmo toda su aventura. Emanuel, mirando con amor e indulgencia a sus cuatro hijos, concluyó:

—Algún día tendrán que adentrarse de verdad en la selva... pero la próxima vez, lo haremos juntos. Y así, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: Historia con mejor mensaje

El amigo dragón de Zack

Autor: Héctor Quirós Mateo

Escuela: España, Heredia

Año escolar: 4to año

Había una vez un joven llamado Zack, un muchacho aventurero que cursaba la preparatoria en un pequeño pero hermoso pueblo, rodeado de montañas y naturaleza. Su casa era amplia y justo detrás de ella se extendía un bosque espeso y misterioso.

Los habitantes del pueblo siempre hablaban en voz baja sobre ese bosque. Decían que en lo más profundo se escondía un dragón. Algunos aseguraban haber visto sombras gigantes entre los árboles; otros, haber escuchado rugidos en las noches. Pero nadie se atrevía a comprobar si era cierto.

En el colegio, Zack no la pasaba muy bien. Había un joven llamado Robert que se burlaba constantemente de sus compañeros, pero especialmente de él. Robert lo consideraba débil por su forma tranquila de ser y por su gusto por la lectura y las aventuras. A pesar de todo, Zack guardaba silencio... aunque por dentro soñaba con demostrar que era más valiente de lo que todos creían.

Un día, después de una mañana difícil en la escuela, Zack llegó a casa decidido a hacer algo distinto. Recordó las historias del bosque y, en lugar de sentir miedo, sintió curiosidad.

—Tal vez sea momento de descubrir la verdad —se dijo.

Sin avisarle a nadie, tomó una mochila, agua, una linterna y algo de comida, y se adentró en el bosque.

Al principio, todo parecía tranquilo. Pero mientras más avanzaba, más oscuro y silencioso se volvía el lugar. De pronto, encontró enormes huellas marcadas en la tierra. El corazón le latía con fuerza. Siguió las huellas hasta llegar a una cueva oculta entre rocas. Desde dentro se sentía un calor extraño... y un leve resplandor. Zack respiró hondo y entró. Allí, en el fondo de la cueva, estaba el dragón.

Era enorme, con escamas brillantes como el fuego, pero no parecía furioso. De hecho, estaba herido. Una de sus alas estaba lastimada, y respiraba con dificultad. Zack se quedó inmóvil por un momento. Todas las historias que había escuchado hablaban de un monstruo peligroso... pero lo que tenía frente a él era una criatura que sufría.

—No te haré daño —dijo Zack con voz temblorosa.

El dragón lo observó en silencio. Reuniendo valor, Zack se acercó lentamente y utilizó parte de su mochila para limpiar la herida del dragón y cubrirla. Pasaron horas, pero finalmente el dragón se calmó. En ese instante, algo increíble ocurrió: el dragón inclinó la cabeza, como agradeciéndole. Desde ese día, Zack visitó al dragón en secreto para ayudarlo a recuperarse.

Unas semanas después, en el colegio, Robert volvió a intentar burlarse de Zack frente a todos. Pero esta vez, Zack no se quedó callado.

—No necesito demostrarte nada —dijo con firmeza—. Yo sé quién soy.

Zack sonrió levemente. No porque hubiera vencido a Robert, sino porque había vencido su propio miedo.

Pasaron algunos días desde que Zack descubrió al dragón y comenzó a ayudarlo en secreto. Cada tarde, después de clases, se internaba en el bosque con cuidado, llevando vendas, agua y comida. El dragón mejoraba poco a poco, y entre ellos crecía una extraña pero fuerte amistad.

Sin embargo, alguien empezó a notar el comportamiento de Zack: Robert.

—¿A dónde vas todos los días? —le preguntó un día, con tono burlón pero curioso.

Zack no respondió y siguió su camino. Eso solo aumentó la sospecha de Robert, que al día siguiente lo siguió hasta la cueva, sin que Zack se diera cuenta. Al entrar, un rugido retumbó en toda la cueva y Robert cayó al suelo del susto.

—¡Va a atacarme! —gritó.

—¡No! ¡Él no es tu enemigo! —dijo Zack, mirando al dragón con calma—. No te hará daño si no lo provocas.

Robert, aún en el suelo, no podía creer lo que veía.

—¿Estás... ayudando a esa cosa? —preguntó.

—No es "esa cosa". Está herido. Solo necesitaba ayuda —respondió Zack con firmeza.

Robert guardó silencio. Por primera vez, no tenía una burla lista. Solo miedo... y confusión.

—Yo... yo pensé que eras débil —dijo en voz baja.

—Ayudar también es ser valiente —respondió Zack.

Poco a poco, Robert se puso de pie. Miró al dragón, luego a Zack.

—No le diré a nadie —dijo finalmente.

Desde ese día, Robert cambió, comenzó a tratar diferente a los demás. Ya no se burlaba como antes... y, en ocasiones, incluso acompañaba a Zack al bosque, aunque siempre mantenía cierta distancia del dragón.

El pueblo nunca dejó de hablar del supuesto monstruo. Pero ahora había dos jóvenes que conocían la verdad. Y ambos habían aprendido algo importante: la verdadera valentía no está en asustar a otros... sino en hacer lo correcto, incluso cuando da miedo.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: Historia con mejor mensaje

El ladrón de los colores

Autor: Isaac Samuel Valverde Papilli

Escuela: Barrio Canadá, Coto

Año escolar: 6to año

En un mundo lleno de colores, algo empezó a cambiar de repente. Los colores comenzaron a desaparecer sin explicación. Los árboles perdían poco a poco su verde intenso y sus hojas se volvían grises; las flores no mostraban sus brillantes colores.

Al principio, nadie le dio importancia, pues solo parecían pequeños detalles de tonos oscuros. Sin embargo, con el paso del tiempo, el gris comenzó a extenderse por todas partes. Las plantas se marchitaban y las personas se sentían débiles sin saber por qué.

Kael, un joven curioso del pueblo, notó algo diferente en sí mismo. Mientras los demás solo veían el gris extenderse, él podía observar pequeños fragmentos de colores flotando en el aire. Convencido de que aquellos fragmentos ocultaban la respuesta, decidió seguirlos para descubrir qué estaba ocurriendo.

Dejó su hogar, decidido a realizar ese viaje que lo llevaría a tierras olvidadas donde el gris había cubierto casi todo. Una extraña oscuridad cubría el lugar, como si el mundo se hubiera apagado. Allí descubrió criaturas hechas de colores robados. Algunas eran agresivas y otras se movían de manera extraña.

En medio del peligro, Kael encontró un fragmento de color azul que le otorgó un poder especial para defenderse. Sin embargo, cada vez que utilizaba ese poder, sentía que una parte de su propia energía desaparecía.

Mientras avanzaba, reunió más fragmentos de distintos colores. El rojo le dio valentía, el amarillo esperanza y el verde fortaleza. Poco a poco comprendió que aquellos colores no eran simples luces, sino emociones y cualidades que mantenían vivo al mundo.

Finalmente, llegó a una antigua torre donde vivía un hechicero. Kael estaba seguro de que había encontrado al culpable, pero al escucharlo, descubrió una verdad inesperada: el hechicero le explicó que deseaba acabar con el dolor del mundo. Creía que, al encerrar los colores, también desaparecerían las emociones negativas: el miedo, la tristeza y el dolor.

Kael comprendió el error. Los colores no solo representaban las emociones negativas, sino también las positivas: la alegría, la amistad, el amor y la esperanza. Entendió que cada color representa una emoción diferente.

El hechicero intentó devolver los colores, pero el hechizo era demasiado poderoso. La única forma de romperlo era unir todos los fragmentos y liberarlos al mismo tiempo. Kael, sin dudarlo, reunió los fragmentos, los elevó hacia el cielo y una gran luz iluminó el mundo. Todo volvió a tener color: los bosques, ríos, flores, animalitos y las personas. El hechicero y las criaturas desaparecieron junto con la oscuridad que los cubría.

Desde entonces, los habitantes del mundo cuidan los colores. Y cuentan que, algunas noches, se observan destellos de luz en el cielo para recordar que la magia no está en evitar las emociones, sino en aprender a vivir con ellas.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



**Distinción: Historia con mejor
mensaje**

El milagro de mis ojos

Autora: Alana Sánchez Montero

Escuela: Dulce Nombre, San José Norte

Año escolar: 4to año

.....

Cuando yo estaba en el kínder, mi maestra notó que yo chocaba con todo, parecía un abejón de mayo, entonces ella llamó a mi mamá y le dijo: —Es necesario que le hagan un examen de la vista a la niña.

Todos en mi casa se sentían preocupados y yo también. Me preocupaba quedarme ciega y nunca más ver los colores, la naturaleza y el rostro de mi mamá.

El tiempo pasaba despacio, mientras esperábamos el resultado, muy despacio. Después de tanto tiempo de esperar, le dieron a mi mamá una mala noticia. El doctor le dijo: — Tiene un tumor...

¡Qué! ¡Un tumor del tamaño de un limón!

Aunque era muy pequeña, podía ver que mi mamá estaba preocupada y mi Tito aún más. Mi mamá me decía: —Todo va a estar bien, no tenga miedo—, y me agarraba fuertemente la mano.

Yo le hacía muchas preguntas: —¿Me van a operar? ¿Voy a estar bien? ¿Voy a volver a la casa?

Ella siempre me abrazaba y me decía: —Mi amor, te quiero mucho, todo va a estar bien.

Rápidamente me internaron de urgencia en el Hospital de Niños, aquello parecía una película, me iban a operar para quitarme ese tumor. Cuando salí de la operación, me quedé en el hospital unos días recuperándome. Los ayudantes del doctor me daban pinturas durante el día. Mi Tita tiene guardada una foto de ese momento. En la noche me daban una lechita caliente, me la daban en chupón... ja, ja, ja. Ya no tomo chupón porque ya estoy grande. Mi mamá pasaba la noche conmigo, pasaba una noche incómoda porque le tocaba dormir en una silla.

Cada día que pasaba en el hospital era diferente. Tenía un amigo que estaba conmigo en la misma habitación. Conversábamos de lo que teníamos, de las anécdotas de la escuela: yo del kínder y él de su escuela, estaba en segundo grado.

Un día me desperté y Jorge ya no estaba. Yo pregunté por él; no se despidió, pero me dejó una cartita con mi mamá. Algo que recuerdo que decía era: —Yo ya me curé y voy a volver a mi escuela, espero que tú puedas volver a tu kínder y sigas bien.

En el hospital los doctores y las enfermeras me hablaban con mucho cariño y eso hacía que me sintiera mejor. Días después nos reunimos con el doctor, se me quedó viendo fijamente y me dijo: —Lo quitamos todo, no quedó ni una borona. ¡Gracias a Dios!

Al volver a mi casa, mi Tito y mi Tita me esperaban. Me abrazaron con mucho amor. Mi Tita me dijo suavemente en el oído: —Esto fue un milagro de Dios.

Al fin regresé a mi kínder, mi maestra abrió la puerta y todos mis compañeros salieron a abrazarme. Me sentía tan feliz que sentía unas ganas inmensas de llorar. Cuando vi a mi maestra, tenía los ojos llenos de lágrimas de la emoción.



Ahora estoy en cuarto grado, ya tengo 9 años, me siento feliz, me siento muy bien de salud, tengo muchos amigos y amigas que me cuidan, juego con ellos en el recreo, participo en la clase con mucha alegría, aunque tengo que ir al hospital a varias citas y tomar algunos medicamentos, pero yo sé que es por mi bien.

Veo solo con un ojo, pero ¡puedo ver! Voy bien en la escuela y mis compañeros y mi maestra me quieren mucho. Con el paso del tiempo aprendí que ver con un solo ojo no significa dejar de soñar.

Hoy entiendo que los milagros llegan a través de muchas personas: primero por mi Tita, que oró muchísimo por mí; por mi mamá, que me apoyó y también rezó mucho; por los doctores que me operaron y las enfermeras que me cuidaron; y mi Tito, que oró mucho y siempre está pendiente de mí.

Si algún niño o niña está pasando por una enfermedad, quiero decirle que todo va a estar bien, que confíe en los doctores, en las enfermeras, en su familia y en Diosito. Yo soy prueba de que, con fe, amor y el apoyo de quienes nos rodean, los milagros pueden hacerse realidad.

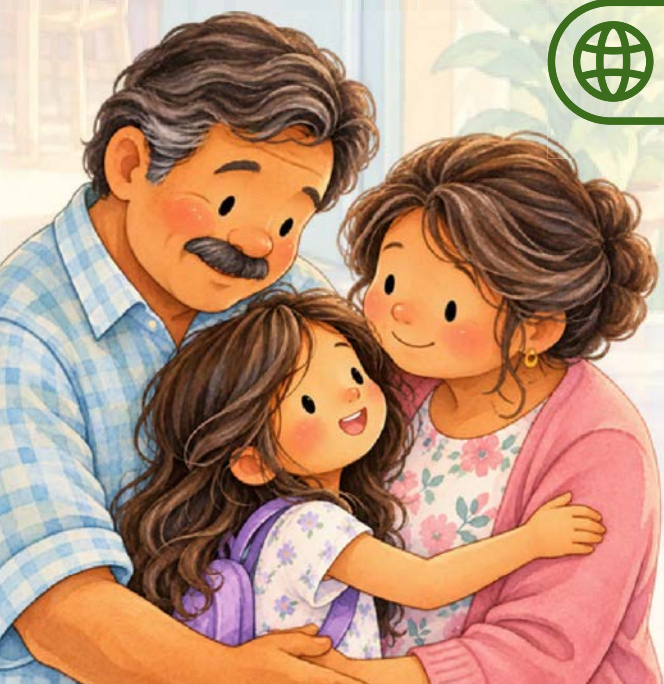
El amor de mi familia fue muy importante, antes, durante y después de mi enfermedad. Mi mamá o mi Tita me llevan a las citas y mi Tito siempre está pendiente, preguntándome a cada rato: —¿Le duele la cabeza? Dígame la verdad, ¿le duele la cabeza? Creo que esto lo hace porque me quiere mucho.

Seguiré cuidando mi salud, disfrutando cada día y dando gracias a Dios por el milagro de mis ojos. Siempre voy a estar agradecida con los doctores y con sus ayudantes. Los llevaré en mi corazón, así como las palabras de mi Tita: esto fue un milagro de Dios.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: Historia con mejor mensaje

El último niño que podía encender estrellas

Autor: Mateo Josué Cerdas Lacayo

Escuela: Paso Canoas, Coto

Año escolar: 4to año

Mi nombre es Mateo y quiero contar la aventura más increíble que he vivido.

Una noche estaba viendo las estrellas desde la ventana de mi cuarto. Siempre me ha gustado mirarlas antes de dormir porque siento que cada una guarda un secreto.

De repente, vi algo que nunca había visto. La estrella más brillante del cielo comenzó a parpadear. Primero una vez, luego dos veces y después cayó detrás de las montañas, dejando una estela dorada. No podía dejar de pensar en eso.

Al día siguiente decidí ir a buscarla. Caminé durante mucho tiempo hasta llegar a un bosque muy extraño. Los árboles tenían hojas plateadas que brillaban con la luz del sol y las flores cambiaban de color cuando el viento las tocaba.

Mientras caminaba encontré una estrella sobre el suelo. Ya no brillaba como antes. Cuando la toqué, una luz apareció frente a mí. Era una mujer hecha de estrellas. Su cabello parecía una cascada de luz y su vestido brillaba como el cielo de la noche.

—Soy la reina de las estrellas —me dijo—. Necesito tu ayuda.





Yo estaba sorprendido y un poco asustado, pero quise escucharla. Ella me explicó que una sombra gigante llamada Oscuridad Eterna estaba apagando las estrellas del universo. Levanté la vista y vi que muchas estrellas ya no brillaban. Entonces me dijo algo que nunca olvidaré:

—Mateo, tú eres el último niño que puede encender las estrellas.

Yo no entendía cómo podía hacer algo tan importante, pero decidí intentarlo.

La reina me entregó una pequeña llave dorada.

—Esta llave te ayudará cuando llegue el momento correcto.

Guardé la llave en mi bolsillo y comencé mi viaje. Primero crucé el Mar de los Reflejos. El agua era tan clara que parecía un espejo gigante. Allí vi peces que podían volar y tortugas que dejaban caminos de luz al nadar. Después llegué a la montaña de cristal. Todo brillaba como si estuviera hecho de diamantes. El viento producía sonidos parecidos a una canción mágica.

Seguí caminando hasta llegar al Valle de las Sombras. En ese lugar el cielo estaba oscuro y silencioso. De repente, apareció la Oscuridad Eterna. Era una sombra enorme con ojos brillantes y una voz tan fuerte que hizo temblar las montañas.

—Nadie puede detenerme —gritó—. Muy pronto apagaré la última estrella.

Sentí mucho miedo. Mis piernas temblaban y mi corazón latía muy rápido. Entonces recordé la llave dorada. La saqué del bolsillo, pero no veía ninguna puerta ni ninguna cerradura. Miré la llave con atención y descubrí unas palabras muy pequeñas. Decían: “la verdadera puerta está en tu corazón”.

No entendí al principio, pero después cerré los ojos y coloqué la llave sobre mi pecho. En ese momento sentí algo maravilloso. Todos los recuerdos felices comenzaron a aparecer en mi mente. Recordé los abrazos de mi familia. Las risas de mis amigos. Los momentos en que ayudé a otras personas. Los sueños que quiero cumplir cuando sea grande. Todo eso se convirtió en una luz dorada que empezó a salir de mi corazón. La luz creció cada vez más. Era tan brillante que iluminó todo el valle.

La Oscuridad Eterna intentó detenerla, pero no pudo. La luz siguió creciendo hasta llegar al cielo. Entonces ocurrió algo mágico. Una estrella volvió a encenderse. Después otra. Y otra más. Miles de estrellas comenzaron a brillar nuevamente. El cielo se llenó de colores y destellos. La Oscuridad desapareció para siempre. La Reina de las Estrellas apareció otra vez y sonrió.

—Lo lograste, Mateo.

—¿Cómo fue posible? —pregunté.

Ella señaló mi corazón.

—Porque la luz más poderosa no está en el cielo. Está dentro de las personas.

Miré las estrellas brillando sobre nosotros y comprendí lo que quería decir. Desde aquel día, cada vez que alguien hace algo bueno, una nueva estrella nace en el universo. Por eso, cuando miro el cielo en las noches, siempre sonrío porque sé que cada estrella encendida representa la bondad, la esperanza y los sueños de alguien.

Y también sé que una de esas estrellas brilla un poquito más que las demás. Es la estrella que encendí con mi propio corazón.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>



Distinción: Historia con mejor mensaje

Un héroe sin superpoderes

Autora: Leonora Jiménez Monge

Escuela: María Auxiliadora, San José Oeste

Año escolar: 6to año



Hace mucho tiempo, en una ciudad muy especial, todas las personas tenían un súper poder. Cuando los niños cumplían seis años, descubrían cuál era su don. Algunos podían mover objetos con la mente, otros tenían una fuerza extraordinaria y algunos podían correr tan rápido como el viento. En esa ciudad, los héroes eran muy admirados y todos soñaban con convertirse en uno.

Allí vivía un niño llamado Johan. Tenía cinco años y estaba muy emocionado porque pronto cumpliría seis. Desde pequeño había escuchado historias sobre héroes valientes que salvaban personas y ayudaban a la comunidad. Por eso, cada noche antes de dormir imaginaba cuál sería su poder, aunque muy en secreto deseaba poder volar.

Por fin llegó el día de su cumpleaños. Johan se despertó muy temprano, lleno de emoción. Corrió hacia el espejo esperando descubrir algo diferente, pero no vio ningún cambio. Pasaron las horas y nada ocurrió.

Su mamá le dijo que tuviera paciencia y esperara un día más. Johan hizo caso, pero al día siguiente seguía sin aparecer ningún poder. Entonces sus padres decidieron llevarlo al doctor para averiguar qué estaba pasando. Después de varios exámenes, el doctor les dio una noticia inesperada:

—Johan nació sin ningún don especial.

Al escuchar aquellas palabras, Johan sintió una gran tristeza. Pensó que nunca podría ser un héroe. Mientras los demás niños descubrían sus poderes y aprendían a usarlos, él sentía que era diferente.

Durante varios años cargó con esa tristeza. En la escuela algunos compañeros se burlaban de él porque no tenía súper poderes. Aunque esas palabras le dolían, Johan trataba de ignorarlas. Sus padres siempre le recordaban que el valor de una persona no dependía de sus habilidades, sino de sus acciones.

Johan creció siendo un muchacho amable, respetuoso y trabajador. Siempre ayudaba a sus vecinos cuando lo necesitaban. Si alguien llevaba muchas bolsas, él les ayudaba a cargarlas. Si veía basura en el parque, la recogía. Aunque parecían cosas pequeñas, le gustaba colaborar.

Un día, cuando regresaba de la escuela, vio a un hombre no vidente intentando cruzar una calle muy transitada. Los carros pasaban rápidamente y el hombre parecía confundido.

Sin pensarlo dos veces, Johan se acercó y le dijo:

—Señor, ¿le puedo ayudar a cruzar?

El hombre aceptó con una sonrisa. Johan le puso la mano en su hombro y lo acompañó con cuidado hasta el otro lado de la calle. Cuando llegaron, el hombre le dijo:

—Muchas gracias, joven. Tienes un gran don.

Johan se sorprendió y respondió:

—No, señor. Yo no tengo ningún don. Nací sin súper poderes.

Entonces el hombre sonrió nuevamente y le dijo:

—Te equivocas. La bondad, la generosidad y el deseo de ayudar a los demás son dones muy valiosos. No todas las personas necesitan súper poderes para ser héroes.

Aquellas palabras quedaron grabadas en el corazón de Johan. Esa noche no pudo dejar de pensar en ellas. Por primera vez se preguntó si tal vez había estado buscando el tipo equivocado de poder.

Al día siguiente, habló con su profesor y le contó lo sucedido. El maestro escuchó atentamente y luego le dijo:

—Ese hombre tiene razón. Los héroes no siempre usan capa ni tienen poderes mágicos. Hay héroes que enseñan, que curan enfermedades, que protegen a las personas o que ayudan a quien lo necesita. Lo importante es lo que hacen por los demás.

En ese momento Johan comprendió algo muy importante. Ser un héroe no significaba tener habilidades extraordinarias. Significaba ser una buena persona, ayudar cuando alguien lo necesitara y tratar a los demás con respeto.

Desde entonces dejó de sentirse menos que los demás. Estudió con esfuerzo y dedicación porque quería ayudar a las personas. Con el paso de los años se convirtió en profesor.

Como maestro, enseñaba a sus estudiantes con paciencia y cariño. Siempre los animaba a creer en sí mismos y a tratar bien a los demás. Muchos niños aprendieron importantes lecciones gracias a él y recordaban sus palabras incluso cuando crecían.

Johan no pudo volar, ni tampoco tener visión de rayos láser como sus vecinos y familiares, pero descubrió que su verdadero poder era cambiar la vida de muchas personas con sus acciones. Y así entendió que los verdaderos héroes no son los que tienen poderes sobrenaturales, sino los que hacen del mundo un lugar mejor cada día.

Enlace para votar:



<https://forms.gle/WdqevvWNscPXS8iw6>

